

Clásicos de la Libertad

El Recaudador de Impuestos

Por Frédéric Bastiat
Traducción de Alex Montero

Jacques Bonhomme, Viñador
M. Lasouche, Recaudador

¿Usted ha recogido veinte toneles de vino?

Sí, a fuerza de cuidados y de sudor.

Tenga la bondad de entregarme seis y de los mejores.

¡Seis toneles de veinte! ¡Bondad del cielo! Usted me quiere arruinar. Y, por favor, ¿a qué los destinará?

El primero será entregado a los acreedores del Estado. Cuando se tienen deudas, es bueno al menos pagar los intereses.

¿Y dónde ha puesto el capital?

Esto sería muy largo de contar. Una parte fue puesta antaño en cartones de cigarros que produjeron el más bello humo del mundo. Otra pagó hombres para que se convirtieran en lisiados en tierra extranjera tras haberla devastado. Luego, cuando estos gastos fueron ocasionados por causa de nuestros amigos, los enemigos, ellos no quisieron huir sin llevarse la plata que ha sido necesario prestar.

¿Y qué recobro hoy de ello?

La satisfacción de decir:

¡Que estoy orgulloso de ser francés cuando miro el arco del triunfo!

Y la humillación de dejar a mis herederos una tierra gravada con una renta perpetua. En fin, es necesario pagar lo que se debe, cualquiera que sea el loco uso que se le haya dado. Venga un tonel, pero ¿los otros cinco?

Es necesario uno para pagar los servicios públicos, la lista civil, los jueces que harán restituir el surco que su vecino quiere apropiarse, los policías que atrapan a los ladrones mientras Usted duerme, los

obreros que mantienen el camino que lleva al pueblo, el cura que bautiza a sus niños, el instructor que los educa y su servidor que no trabaja para nada.

Enhorabuena, servicio por servicio. No hay nada que decir. Yo desearía tanto arreglarme directamente con mi cura y mi maestro de escuela; pero no insisto en eso; venga el segundo tonel. Aún estamos lejos de los seis.

¿Cree Usted que sean mucho dos toneles como su contribución a los gastos de la armada y la marina?

¡Ay! Es poca cosa, considerando lo que me cuestan ya, porque ellos me han arrebatado dos hijos que amé tiernamente.

Es muy necesario mantener el equilibrio de las fuerzas europeas.

¡Ah, Dios mío! El equilibrio será el mismo si se reduce en todas partes las fuerzas en la mitad o en tres cuartos. Conservaríamos nuestros niños y nuestras rentas. No sería necesario más que entenderse.

Sí, pero no nos entendemos.

Es lo que me asombra. Pues, en fin, cada uno sufre.

Tú lo has querido, Jacques Bonhomme.

Usted bromea, señor recaudador; ¿es que tengo voz y voto en el asunto?

¿A quién ha nombrado como diputado?

A un bravo general de la armada, que será mariscal dentro de poco si Dios le presta vida.

¿Y de qué vive el bravo general?

De mis toneles, por lo que imagino.

¿Y qué sucedería si el votara por la reducción de la armada y de su contribución?

En lugar de ser nombrado mariscal, sería puesto en retiro.

Comprende ahora que ha sido Usted mismo...

Pasemos al quinto tonel, le pido.

Ese va para Argelia.

¡Para Argelia! ¡Y se asegura que todos los musulmanes son fóbicos al vino, los bárbaros! Yo mismo me he preguntado a menudo si ellos ignoran el Médoc porque son incrédulos o, lo que es más probable, si ellos son incrédulos porque ignoran el Médoc. Por otra parte, ¿qué servicios me brindan ellos a cambio de esta ambrosía que me ha costado tanto trabajo?

Ninguno; tampoco esto es destinado a los musulmanes, sino a los buenos cristianos que pasan todos los días en Berberia.

¿Y qué van a hacer que pueda serme útil?

Realizar razzias y sufrirlas, matar y ser muertos, adquirir disentería y regresar a ser tratados, abrir puertos, abrir rutas, construir pueblos y poblarlos de malteses, italianos, españoles y suizos que viven de sus toneles y de otros toneles que vendré a pedirle todavía.

¡Misericordia! Yo le niego rotundamente mi tonel. Se enviaría a Bicêtre a un viñador que hiciera tales locuras. Abrir rutas en el Atlas, ¡por Dios! ¡Cuando no puedo salir de mi casa! ¡Abrir puertos en Berberia cuando la Garona se llena de arena todos los días! ¡Arrebatarme a los niños que amo para ir a atormentarlos a las Kabilas! ¡Me hacen pagar las mansiones, semillas y caballos que se entregan a los griegos y a los malteses cuando hay tantos pobres alrededor de nosotros!

¡Los pobres! Justamente, se deshace el país de este sobrante.

¡Mil gracias! Haciéndoles perseguir en Argelia el capital que les haría vivir aquí.

Y además Ustedes ponen las bases de un gran imperio, Ustedes llevan la civilización a África y condecoran a su patria con una gloria inmortal.

Usted es poeta, señor recaudador, pero yo soy viñador y yo me niego.

Considere que, dentro de unos mil años, Usted recuperará sus anticipos centuplicados. Es lo que dicen aquellos que dirigen la empresa.

Mientras tanto, ellos me piden primero, para adornar los gastos, solo una pieza de vino, después dos, después tres ¡y heme aquí gravado por un tonel! Persisto en mi rechazo.

Es demasiado tarde. Su apoderado ha estipulado para Usted la concesión de un tonel o cuatro piezas enteras.

Es muy cierto. ¡Maldita debilidad! Me parece que dándole mi poder he

cometido una imprudencia, porque ¿qué hay de común entre un general de la armada y un viñador?

Usted ve bien que hay alguna cosa en común entre Ustedes, que no es más que el vino que Usted recoge y que él se entrega a sí mismo en su nombre.

Búrlese de mí, lo merezco, señor recaudador. Pero sea razonable, ¡vamos!, déjeme al menos el sexto tonel. He aquí el interés de las deudas pagado, la lista civil abastecida, los servicios públicos asegurados, la guerra en África perpetuada. ¿Qué más quiere?

No regatee conmigo. Faltó decir sus intenciones al señor general. Mientras tanto, él ha dispuesto de su vendimia. ¡Maldito guardia bonapartista! Pero, en fin, ¿qué quiere hacer de este pobre tonel, la flor de mi bodega? Tenga, guste de este vino. ¡Cuán blando es, fuerte, acuerpado, aterciopelado, escogido!...

¡Excelente! ¡Delicioso! Hará bien al negocio de M.D..., el fabricante de paños.

¿De M.D..., el fabricante? ¿Qué quiere Usted decir?

Que él sacará buen partido.

¿Cómo? ¿Qué pasa? ¡Diablos, si le comprendo!

¿No sabe Usted que M. D... ha fundado una soberbia empresa, muy útil al país, la que, hecho balance, deja cada año una pérdida considerable?

Lo compadezco de todo corazón. ¿Pero qué puedo yo hacer?

La Cámara ha comprendido que, si esto continuara así, M. D... estaría en la alternativa o de operar mejor o de cerrar su fábrica.

¿Pero qué relación hay entre las torcidas especulaciones de M. D... y mi tonel?

La Cámara ha pensado que si ella entregara a M. D... un poco del vino tomado de su sótano, algunos hectolitros de trigo tomados de sus vecinos, algo en supresión de los salarios de los obreros, sus pérdidas se cambiarían en beneficios.

La receta es infalible tanto como ingeniosa. ¡Pero, qué! Es terriblemente inicua. ¡Qué! M. D... cubrirá las pérdidas tomando mi vino?

No es precisamente el vino, sino el precio. Es lo que se llama subsidio de incentivo. ¡Pero Usted está totalmente asombrado! ¿No ve Usted el gran servicio que brinda a la patria?

¿Quiere decir Usted a M. D...?

A la patria. M. D... asegura que su industria prospera gracias a este arreglo y así, dice él, que el país se enriquece. Es lo que él repitió estos días en la Cámara de la que es parte.

¡Es una superchería insigne! ¡Qué! ¡Un patán hará una tonta empresa, disipará sus capitales y él me arrebatara bastante vino o trigo para reparar sus pérdidas y reservarse los beneficios, viéndose esto como una ganancia general!

Su apoderado lo ha juzgado así; a Usted no le resta más que entregarme los seis toneles de vino y de vender lo mejor posible los catorce toneles de vino que le dejo.

Es mi trabajo.

Es que, verá Usted, sería bien enojoso que Usted no lo tirase a un gran precio.

Le avisaré

Porque hay muchas cosas a las que este precio debe hacer frente.

Lo sé, señor, lo sé.

Primero, si Usted compra hierro para renovar sus layas y sus arados, una ley decide que Usted le pagará al herrero dos veces lo que vale.

Pero esto es la Selva Negra.

Después, si Usted tiene necesidad de aceite, de carne, de tela, de hulla, de lana, de azúcar, cada uno, por ley, le costará el doble de su valor.

¡Pero es horrible, horroroso, abominable!

¿Para qué estas quejas? Usted mismo, por su apoderado...

Déjeme en paz con mi poder. Lo he entregado extrañamente. Pero no lo tomará más y me haré representar por un buen y franco campesino.

¡Bah! Renombrará al bravo general.

¿Yo? ¿Renombraré al general para distribuir mi vino a los africanos y a los fabricantes?

Usted lo renombrará, le dije.

Esto es un poco excesivo. No lo renombraré si no lo quiero.

Pero Usted querrá y lo renombrará.

Que él venga a desafiarme. Encontrará con quién hablar.
Lo veremos. Adiós. Me llevo sus seis toneles de vino y voy a hacer la repartición como el general lo ha decidido[1].

Frédéric Bastiat (1801-1850), Sofismas Económicos, X, 1848

Notas:

[1] Ver en el 1º tomo la carta a M. Larnac y en el tomo V las Incompatibilidades parlamentarias (Nota del editor de la edición original).